

E. MIRET MAGDA LENA

Hemos pasado unos días de extenso nerviosismo en las alturas eclesidásticas y civiles del país. El abrazo de Vergara que lo político y lo eclesial se dieron en España, quedó roto provisionalmente. Los ciudadanos hemos asistido, con su mezcla de asombro y curiosidad, a esta explosión que se presentaba exteriormente con las características de un drama. No en balde llevamos cuatro siglos de mutuo maridaje frecuentemente bien confuso para que sea fácil acostumbrarse ahora a una nueva situación que fatalmente se avecina.

Lo que ha ocurrido en el país no es sino sintoma de las nuevas características de nuestro pueblo después de esas centurias de nacional-catolicismo que hemos vivido tranquila y cómodamente.

Debemos habituarnos, por el contrario, si queremos ponernos al día, a vivir con independencia mutua, sin ponernos alérgicos ni unos ni otros ante cualquier reacción de disentiimiento o de oposición, vengan éstos del lado eclesidástico o del civil. Así entraremos de verdad en una nueva fase del país en la cual los anhelos populares coincidan con las posturas de la Iglesia; anhelos que son de clara independencia, a la cual hay que tender con la máxima rapidez desde ahora mismo.

Estos nervios y estas notas y contra-notas deben hacer reflexionar seriamente a nuestra Iglesia, y decidirse a clarificar las cosas sin fijarse solamente en la anécdota de estos días.

Un sacerdote entrado en años acababa de celebrar la Misa un día de los que ocurrieron estos conflictos, más o menos sordos, y al salir del templo y dirigirse a la sacristía se encontró con un clérigo joven que tenía en la mano la homilía de monseñor Añoveros. Curioso por no haber podido leer en la prensa, al menos hasta aquel momento, este escrito, se lo pidió al sacerdote más joven para leerlo. Se caló sus gafas, y lentamente fue pasando la vista por sus páginas. Al final volvió a dejar el documento en manos de su compañero, y exclamó con beatífica ingenuidad estas palabras, dignas de ser reflexionadas: "¿Y por esto se ha producido todo este jaleo? Si al menos nos hubieran quitado la paga, lo hubiera comprendido".

Sin darse cuenta, y en lenguaje tosco, este buen clérigo de otros tiempos dio en el "quid" de la cuestión. La de los privilegios mutuos concedidos entre Iglesia y Estado, y que algunos curiosos analizadores han resumido en más de treinta. Eso es lo que produce, por un lado, la falta de independencia, y por otro, esta situación anacrónica que hace subir el termómetro del drama sin que al final se produzca ninguna tragedia, porque buena parte del pueblo sumiso de antes se encuentra ahora como espectador curioso, pero ajeno al desarrollo de esta función que sólo resulta importante a los actores. Y lo es por la falta de independencia de siglos que ha habido entre el Estado y la Iglesia.

Hace pocos días tomaba café con un grupo de prudentes amigos, proclives a una cristiana democracia de corte moderado, y se planteó entre los presentes todo este problema, en medio de un apasionamiento más intelectual que

vital, porque nadie se sentía personalmente ofendido por él, a diferencia de lo que ellos mismos sentían hace bien pocos años. Lo único que querían era clarificar las cosas y adoptar una vía para el futuro que fuese más realista con la sociedad de hoy y menos confusa.

Uno de ellos —cristiano activo y amante de nuevas fórmulas religiosas— me preguntó: "¿Qué pasaba en el primitivo cristianismo, no es verdad que los ministros de Dios sólo se dirigían entonces a la comunidad religiosa y no a la sociedad en general?".

La pregunta es importante, pero al mismo tiempo ambigua. Es cierto que en aquellos tiempos el cristianismo no tenía una Iglesia poderosa, centralizada, grandiosa y burocrática: era sólo un conjunto, unido por meros lazos vitales, de pequeñas comunidades religiosas de seglares creyentes que vivían toda la semana metidos en las faenas del mundo, y que un día celebraban un acto de conmemoración de la

SEPARACION TOTAL DE IGLESIA Y ESTADO

Cena del Señor en un clima de convivencia religiosa y de amistad. Allí uno de ellos, el que era ministro de Dios, presidía esta reunión para luego volver a vivir generalmente como un seglar el resto de los siete días.

Eran, por tanto, los seglares los que llevaban su voz y su ejemplo al mundo, no los clérigos ni los obispos. Pero no porque los obispos no pudieran hacerlo, sino porque la mayoría de éstos vivían entonces como un seglar más y, ante el mundo pagano de la época, no se distinguían de él. Por eso no podía un personaje más o menos importante de la estructura eclesidástica levantar su voz y dirigirse a un mundo que estaba fuera de los intereses religiosos de su pequeña comunidad cristiana, y no podía hacerlo porque la estructura eclesidástica era casi inexistente en teoría y en la práctica de aquellos tiempos tan alejados de nosotros, y ante el mundo él sólo tenía una voz de seglar.

Ahora, en cambio, todo ocurre al revés. La estructura de la Iglesia se ha hecho grandiosa y durante siglos ha sido poderosísima, influyendo en los avatares políticos y religiosos de los países de tradición cristiana, y muy especialmente en el nuestro. Para bien o para mal (demasiadas veces para mal), la Iglesia fue actora de primera fila en nuestro drama nacional, que a veces se convertía en tragicomedia.

Pero hoy estamos en una encrucijada, porque la estrella de la grandiosidad eclesidástica empieza a decaer; toda la gran maquinaria se ha quedado vieja en la opinión y en la vida de muchos creyentes, y por eso empieza a cruji. Lo que fue, durante cuatro siglos de intolerancia, dominio mutuo y confusión por ambas partes está en el comienzo de su ocaso.

De ahí que lo que necesitamos es un nuevo planteamiento de lo que debe ser la autoridad y el obispo en la Iglesia, y su relación con lo que está fuera de ella, que cada vez es más. El paternalismo con el que se dirigía hasta hoy a la sociedad civil ya no es aceptado ni siquiera por los más tradicionales y beatos; el anticlericalismo y el antiepiscolismo son los nuevos frutos que se producen en las mentes y actitudes de los que ayer fueron más sumisos. Y por ello se producen estas polémicas, más o menos apaciguadoras, que suelen terminar como una tormenta en un vaso de agua, gastando energías sin un rumbo ni una meta claras.

Hace años, cuando yo era dirigente nacional de la Acción Católica, me esforzaba por hacer comprender esto a mis amigos que eran obispos, pero desgraciadamente no me entendían por aquella época. Hoy los hechos —agradables o desagradables— espero que les hagan entrar en una consideración más realista, y percatarse de que ya no estamos en una sociedad sacral en la que todos esperan el último campanillazo del Papa o del obispo para actuar en consecuencia sin pensar por cuenta propia. Ahora, hasta los que eran más adictos al morado episcopal o a la púrpura cardenalicia se independizan personalmente. Y nada digamos de los más progresivos, que si siguen a veces al obispo, es solamente porque adopta éste una postura más abierta y crítica, pero no por sumisión y obediencia a su autoridad.

Por eso hemos de volver a que sea el seglar preferentemente quien, como en los tiempos primitivos del cristianismo, tenga voz y voto en la sociedad, y no ante todo el obispo revestido de sus rayos y truenos canónicos. El obispo, en cuanto tal, lo que debe hacer —y esa sí que es una importante misión— es proteger eficazmente este derecho general del seglar para expresar con libertad su opinión en la Iglesia y en la sociedad civil, y defender este derecho ante quien puede estructurarlo y perfeccionarlo. En eso debe invertir una parte de sus energías la Jerarquía, sin sustituirse a la opinión de los seglares. Esta nueva postura es la del cardenal de Barcelona, recordándose a todos los cristianos de abajo o de arriba, para rectificar o perfeccionar lo realizado, ya que la Iglesia en la época contemporánea afirma como doctrina católica la libertad de opción temporal, dentro de los amplios límites de los valores humanos básicos. Y esta palabra debe ser recordada por ella a todos sus seguidores situados a cualquier nivel, y hacerlo oportuna e inoportunamente, como pedía San Pablo. Y para que esto se cumpla eficazmente hoy, sin dramatismos ni nervios, es condición imprescindible la independencia económica, civil y religiosa entre Iglesia y Estado.